



Crear una obra viva

Asfixiante sociedad

Francisco Pérez Cortés
Departamento de Teoría y Análisis

Para un artista —decía Jean Dubuffet (1901-1985)— crear una obra sólo es posible, habiendo escapado de los marcos sociales y culturales en los que vive. Escapar no significa en este caso cerrar los ojos para tratar de ignorar dichos marcos, sino aprender a forcejear con ellos y a construir su singularidad en las márgenes y en las comisuras de lo que se nos intenta imponer a cada momento.

Soy un individualista que se opone a la opresión social decía el propio Dubuffet, porque para él crear una obra debía ser una experiencia individual, que sólo podría germinar de manera anónima, luego de haber aprendido a nadar en la oscuridad. Aún a riesgo de morir también asfixiado como los sumisos, para quienes la asfixia es irremediable.

La condición para que el forcejeo con nuestro tiempo se vuelva productivo, es no haber establecido de antemano ninguna separación radical entre la producción de una obra y la existencia individual. Es preciso ser capaz de involucrar toda experiencia vivida y toda experiencia pensada en la producción de nuestras obras. El malestar de Dubuffet se parece al nuestro y por eso basta hablar de nuestra sociedad y de nuestra cultura, para entender la rabia con la que el artista combatía las propias.

La sociedad actual, la nuestra, ha perdido unidad y consistencia. Lo que antes llamábamos organización y relaciones sociales han dejado su lugar a un individualismo exacerbado. Dicha sociedad se ha partido en mil pedazos y todos sus sistemas están poco articulados. Se habla a ese respecto de una desinstitucionalización de la vida social, de una sociedad sin centro y sin finalidades claramente establecidas. Arrojado de las relaciones sociales, políticas y culturales que antes les daban vida, el individuo es "obligado" a volverse libre y soberano, irreductible y caprichoso. Todas las nuevas relaciones sociales en las que vive, funcionan como si se tratará de un mercado: competitividad, rivalidad, intriga, intereses irreconciliables, influencias, clientelismo y estar en disposición siempre de proponer la mejor oferta. Son los juegos concurrenciales de nuestro tiempo.

De ese mismo individuo se espera además un comportamiento responsable que consiste en ser coherente, razonable y ecuánime, atento, amable y bien portado. El mal humor no le está permitido y cualquier agresividad podría ser motivo de exclusión.

Individualidad descompuesta

Al no poder ser todo lo que se espera de él, un hombre se siente incapaz de vivir en este mundo y se descompone. Radicaliza su individualidad y acaba horrorizándose de su desadaptación. Entonces se angustia y entristece, se deprime y se vuelve melancólico o un cínico. Se declara víctima del sistema, cae en la tentación nihilista y sólo se convierte en un defensor de sus derechos naturales. La sociedad le produce una llaga interior y una sensación de malestar de vivir en este mundo. El dolor le rebasa, lo margina, pierde energía y se vuelve inofensivo.

Con toda esta imagen de derrota nos dice Dubuffet, lo que sucede es que la vida nos es contada como si fuéramos unos niños indefensos y todo nos conduce a la dispersión. Crear una obra por el contrario, nos

**ES PRECISO SER CAPAZ
DE INVOLUCRAR
TODA EXPERIENCIA VIVIDA
Y TODA EXPERIENCIA PENSADA
EN LA PRODUCCIÓN
DE NUESTRAS OBRAS**

obliga a dar vida a lo que no existe todavía. Nos da la oportunidad de crearnos a nosotros mismos junto con ella, a través del combate de un ser obtuso, obsesivo, que resiste y resiste y que busca atravesar esa vida nocturna, crepuscular, en compañía de una obra que a cada momento es forjada a tientas, pero que habrá de conducirlo a la salida en que le aguarda la luz del día, una luz de vida.

Cuando vivir es no poder huir de la existencia

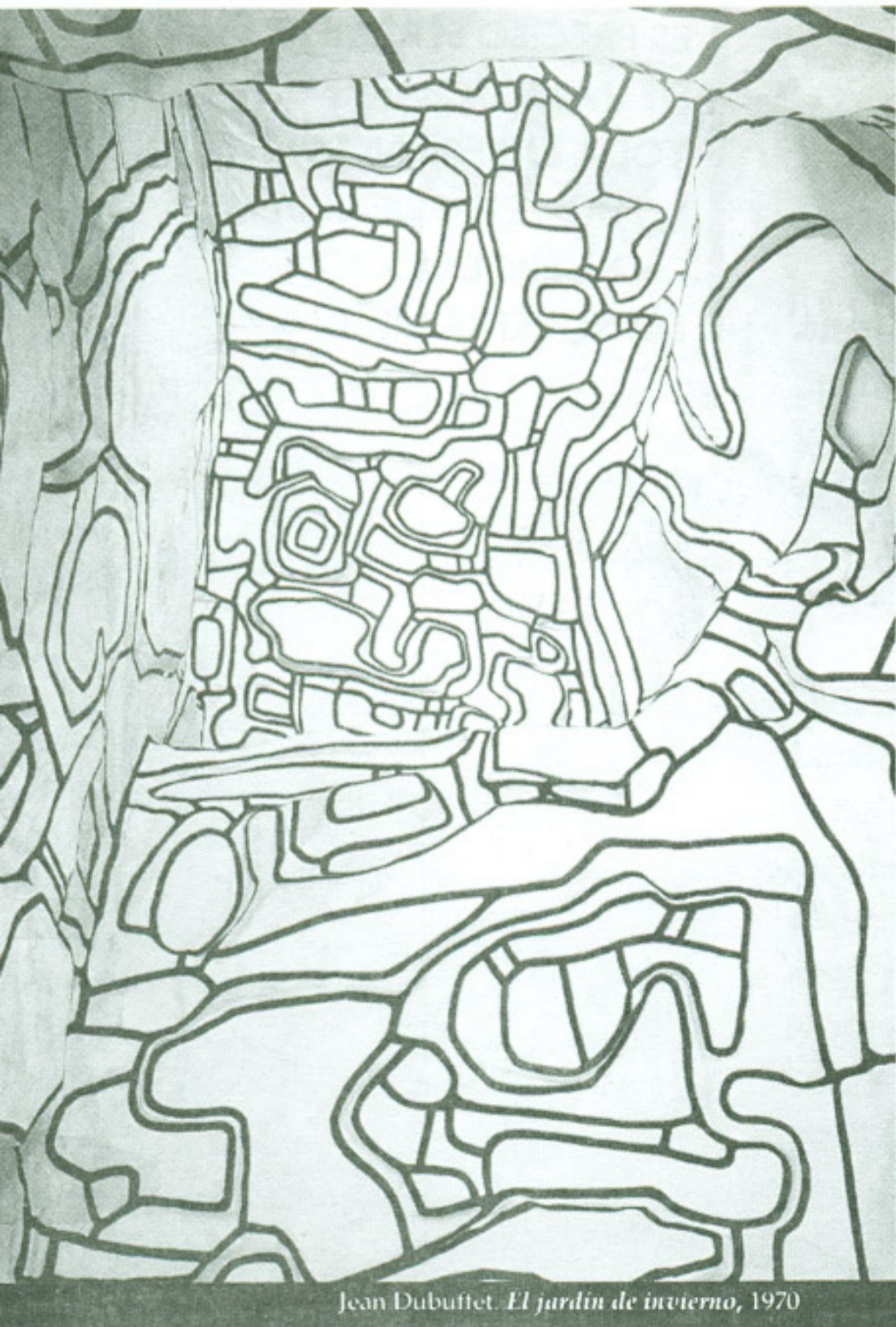
Actualmente el universo humano poco a poco se transforma en desierto, porque bajo esas condiciones sociales el hombre deja de ver, de sentir, de gustar y pensar. Sufre una vida cruelmente negativa en donde la oscuridad del vacío se convierte en su ambiente natural. Vive con la indolencia, y en la indiferencia, pero no puede hacer nada porque está obligado a existir y a ser él mismo.

Encadenado a lo que es, el hombre está encajado en su ser y evadirse entonces resulta imposible, porque vivir es no poder huir de su existencia. En ese momento busca una solución en el exterior, se compromete con otro ser y deposita en él toda su existencia o busca una compensación natural y física en la disipación y en un permisivismo sin freno que no hace sino multiplicar su sed. Vivir en el goce, como dirían los psicoanalistas, acaba aniquilando al deseo. Son unos niños, no tienen profundidad, imitan y esperan su leche en polvo, en lugar de buscar alimentos más nutritivos.

Ser uno mismo el cerebro de su vida

Si la vida de un hombre consiste, como decía Foucault, en construir su propia singularidad en los márgenes de una sociedad disciplinaria, entonces lo que hace diferente a una persona es ya un resultado y no un punto de partida. A la diferencia hay que instituir la como diferencia. A esa construcción de la singularidad por la vía de una obra en que se consume la vida, es a lo que se refería Dubuffet cuando decía que un artista no es solamente un individuo egoísta, sino una singularidad construida al margen de lo culturalmente dominante.

Para llevar al cabo esa tarea hay que tener el valor de colocarse así mismo en el centro de la vida y eso es precisamente lo que permite la elaboración de una obra. En diseño, por ejemplo, convierte en libertad algo que al inicio se planteó como una simple necesidad. Una obra es desde ese punto de vista algo que al mismo tiempo ata y libera a quién la produce. Crear una obra es, como decíamos, dar vida a algo que no existe todavía, pero eso supone el manejo de tal cantidad de procesos creativos (de producción, formalización, constructivos, de trabajo) que sólo volcando toda la existencia hacia la producción de una obra, es posible acceder a la luz en medio de la oscuridad de la noche. En el centro de la existencia tiene que estar el artista y su obra (su centro no puede estar fuera) y aquellos compromisos de vida que se reconocen también parte del proyecto.



Jean Dubuffet. *El jardín de invierno*, 1970

Crear la vida por medio de la obra

Crear una obra es establecer un terreno para la existencia propia. Como Dubuffet, una vez definida una obra que se quiere producir y habiendo encaminado toda la existencia en dirección de ella, ya no se pierde ni un minuto al día porque todo lo que se vive se dirige a lo esencial. La vida se ordena en horarios productivos y moderar el culto a la diversión insulsa, resulta entonces mucho más sencillo.

En eso consiste producir una obra viva, porque a partir de ese momento el artista se vuelve al menos en parte su propia obra y alinea su pensamiento con respecto de lo que hace. Los creadores, decía Dubuffet, primero se expanden, se liberan y rejuvenecen al envejecer, porque saben extraer a través de obras un ser interior que tal vez no conocían. No hay que perder más tiempo, la obra hará que todo el rompecabezas mental se ponga en su sitio y luego de ello todo lo que nos suceda se acumulará como experiencia en la elaboración del proyecto que nos habremos planteado.

Todo se remite al proyecto central, la vida se depura y va directamente a lo esencial, es en esas condiciones donde se produce la emergencia brutal de lo nuevo. Cuando la obra está madura saldrá en su momento y nosotros junto con ella, luego de haber accedido a la fuente primordial de nuestro mundo interior. El pleno placer lo encontré, decía Dubuffet, después de haber renunciado a todo empezando por el deseo de llegar a ser un artista.

Hacer el vacío para que hable su interior

La sobresaturación en que nos encontramos (de acontecimientos, información, de mercancía, de imágenes y diversión) nos obliga a hacerle espacio a una vida comprometida con la obra. Se trata de hacer el vacío a la existencia cotidiana para que pueda emerger nuestro interior. Tal vez habita en nosotros un arquitecto o un filósofo al que no dejamos hablar por tantas cosas que metemos en nuestras vidas.

Hay que saber desprenderse pues de muchas vivencias externas, para que se revitalicen nuestras fuerzas y nuestro fuego interior. Hay que saber escuchar la voz interior, instalándose sin reserva en el placer de crear una obra, porque sólo a través de ésta podremos construir nuestro secreto de vida. Entonces podremos superar los obstáculos que nos plantea la existencia cotidiana, para dejar sitio a las fuerzas propias.

Al trabajar alrededor de dos o tres propósitos fijos, la existencia adquiere un sentido particular y con un poco de suerte, si el proyecto es el pertinente, uno mismo acabará convirtiéndose en su propio mundo. Como lo fueron Jean Dubuffet, Francis Bacon y Jorge Luis Borges. Elaborar sus lenguajes, su propia cultura y su singularidad en el forcejeo con la época, es una tarea que nos tomará mucho tiempo, mucha energía y mucha concentración, pero con toda seguridad nos conducirá a la luz del día de la que hablaba Dante, luego de haber atravesado por el infierno y por el purgatorio.



Jean Dubuffet. *La visión tejedora*, 1976